

Anexo Tres

Aprender a vivir

La realidad que nos toca vivir es compleja, y se acentúa, a veces, cuando se combina con nuestra propia historia o experiencia vital que la hace, aún, más difícil.

Vivir cristianamente significa peregrinar con todo lo que somos, abriendo espacios en nuestra vida para conciliar la humanidad débil y la gracia de Dios siempre existentes. Sólo si dejamos de esperar que todas las condiciones estén dadas, empezaremos a caminar, o de lo contrario, quedaremos resignados aguardando a que «baje algún ángel» para cambiar nuestra vida. Debemos aprender a vivir con todo lo que hay en nosotros, con sus heridas y fracasos. No afecta tanto si tu vida ha sido dura como la piedra, fría como el mármol o frágil como el barro, importa lo que decidas hacer con ello.

Estimar la propia vida significa confiar en que Dios volverá a realizar su encarnación en mí, aquella conjunción de los extremos opuestos en una sola persona. Debemos liberarnos de las ilusiones engañosas que nosotros mismos nos forjamos sobre cómo «debería ser la vida». El propio valor viene por medio del reconocimiento de nuestra dignidad de ser forjado a imagen del Hijo amado de Dios. Es un mandamiento de Jesús, amar al prójimo como uno mismo y ello significa reconciliarnos con la propia historia de vida.

